

Revista Latinoamericana de Estudios Educativos (México), Vol. XXII, No. 3, p.p. 141-148

SPECIAL STUDY PANEL ON EDUCATION INDICATORS. Education Counts, An indicator System to Monitor the Nation's Educational Health, Washington, National Center For Education Statistics, Septiembre 1991, 123 pp. NCES 91-634 ISBN 0-16-035838-8.

INTRODUCCIÓN

Es sabido que la educación está alcanzando altos niveles de prioridad en las agendas políticas de los Estados Unidos.

Parece haber consenso entre los estudios de estas cuestiones, en el sentido de que, tras la expansión de los años sesenta, a partir de mediados de los setenta, comenzó un periodo durante el cual la educación conoció un serio deterioro en todos los niveles. Una década más tarde, en la primera mitad de los ochenta, comenzaron a aparecer informes de investigaciones sobre el particular, y diferentes grupos de trabajo plantearon sus respectivos análisis, diagnósticos y recomendaciones.

Al mismo tiempo se extendía la preocupación por la pérdida de competitividad de la economía estadounidense en los mercados mundiales, frente a los países de Europa Occidental, Japón u los otros dragones del oriente.

Tradicionalmente la sociedad norteamericana esperaba que sus instituciones educativas formaran a las nuevas generaciones para el trabajo productivo y para la convivencia democrática, por lo que las dificultades económicas del país, así como otros problemas como la drogadicción fueron relacionadas con el deterioro de las escuelas.

Por todo lo anterior puede entenderse la nueva prioridad que se está asignando a la educación en el país del norte.

Esto se ha puesto de manifiesto especialmente con las ya famosas metas que el presidente Bush y los gobernadores de los 50 estados norteamericanos establecieron en 1990: según estos seis

grandes objetivos, los Estados Unidos se proponen llegar al año 2000 con un sistema educativo revigorizado, que logre que el 90% de cada cohorte generacional termine la educación media superior con altos niveles académicos especialmente en matemáticas y ciencia, pero también en inglés, historia y geografía. Las metas educativas incluyen que para el año 2000 todos los niños norteamericanos deberán estar preparados para comenzar con éxito la escuela al llegar a la edad adecuada; que para esta fecha todas las escuelas estarán libres de droga y violencia y serán lugares adecuados para propiciar el aprendizaje; y que todos los adultos norteamericanos tendrán el bagaje educativo necesario para desenvolverse como productores y como ciudadanos.

Independientemente del estilo de algunas de las formulaciones, que puede resultar antipático (como pretender que los alumnos norteamericanos sean "los primeros del mundo" en matemáticas y ciencias) las seis metas mencionadas constituyen, sin duda, una agenda educativa precisa y ambiciosa, que muestra la importancia que ha adquirido la educación en las políticas públicas.

En forma congruente con lo anterior, existe una creciente preocupación por desarrollar sistemas de evaluación que permitan monitorear los avances de las políticas educativas, detectando si se cumple o no con los objetivos planteados.

El trabajo reseñado es, precisamente, un esfuerzo especialmente interesante en tal dirección.

LA OBRA

El Centro Nacional de Estadísticas Educativas (National Center for Education Statistics, NCES, organismo especializado del Departamento Federal de Educación) publica desde 1986 un compendio de indicadores sobre todos los niveles educativos, con el título *The Condition of Education*. Desde 1984 el NCES había comenzado también a publicar datos comparativos de los 50 estados norteamericanos en cuanto a determinados indicadores (con las famosas Wal Charts), lo que provocó aireadas razones en algunos casos, pero también mostró realidades que antes no se percibían dada la heterogeneidad de las estadísticas estatales.

Ante la conciencia de las limitaciones de la información disponible, en 1989 el NCES formó un grupo de connotados especialistas,

a quienes encomendó la tarea de diseñar un sistema de indicadores que diera cuenta, en forma más completa, del “estado de salud” del sistema educativos norteamericano.

El informe de este grupo (el Panel Especial de Estudios sobre Indicadores Educativos) publicado en septiembre de 1991 con el título *La educación cuenta. Un sistema de indicadores para monitorear la salud educativa de la Nación*, es el objeto de esta reseña.

Desde el planteamiento inicial el trabajo resulta interesante: un sistema de indicadores, dicen los autores, no sólo refleja las prioridades educativas sino que, en cierto sentido, las define. Así por más que se diga que determinadas áreas del currículo son importantes, si sólo se aplican pruebas y se formulan estadísticas e indicadores sobre otras, serán las segundas las que acaparen la atención de los maestros y los alumnos, que descuidarán las primeras: “si la nación está de acuerdo en que las matemáticas y la geografía son suficientemente importantes para tener su respectivo indicador, en tanto que la música o las lenguas extranjeras no, los educadores actuarán en consecuencia” (pág. 7).

Por consiguiente, siguen diciendo los autores, hay que evitar el error de diseñar un sistema de indicadores a partir de la información ya disponible, de lo inmediatamente factible, aunque se afirme que los aspectos no cubiertos por tal sistema también son importantes. Esta salvedad teórica pronto será olvidada en la práctica, y lo realmente importante será definido por aquello que puede “medirse” mediante indicadores.

Por el contrario, hay que diseñar el sistema de indicadores a partir de lo que en *principio* se considera importante, aunque para muchos aspectos no se cuente con datos adecuados. Luego habrá que sacar las consecuencias y asignar los recursos necesarios para realizar todo lo que haga falta para obtener la información pertinente.

El sistema de indicadores que propone el grupo es muy complejo y su implementación requerirá de una completa reestructuración del NCES, y del diseño de innovadores instrumentos cuya aplicación, a su vez, implicará importantes trabajos de campo.

Lo anterior es costoso, pero sólo así podrán superarse las limitaciones bien conocidas de los instrumentos convencionales, en la dirección que han apuntado las nuevas tendencias de *authentic testing* y similares.

Pero la aceptación de estas consecuencias y la asignación de los

recursos correspondientes es ineludible, en opinión de los autores, si la prioridad atribuida a la educación es real y no sólo retórica.

Aunque no dejan de relacionar su propia propuesta con los seis objetivos ya mencionados, los autores no parten de ellos, y no aceptan tampoco el tradicional esquema del análisis de sistemas, con indicadores sobre los insumos, los procesos y los productos del sistema educativo.

En cambio, proponen un esquema más amplio, organizado alrededor de tres criterios centrales, cada uno de los cuales da lugar a dos áreas temáticas, para un total de seis.

El primer criterio se expresa como sigue: el sistema de indicadores a desarrollar debe ofrecer información a la autoridades y a la sociedad sobre los aspectos que más preocupan a ambos sobre la educación. Tales aspectos pueden resumirse en dos, que constituyen las primeras de las seis áreas temáticas del sistema:

- a) qué y cuánto aprenden los estudiantes;
- b) qué tanto favorecen el aprendizaje las escuelas.

Según el segundo criterio el segundo sistema de indicadores no debe limitarse a ofrecer información sobre lo que pasa en el interior de las escuelas, sino que tiene que incluir elementos para evaluar el contexto social más o menos favorable de la educación. De este criterio se desprenden las dos dimensiones temáticas siguientes:

- c) antecedentes de los niños que los preparan mejor o peor para la escuela;
- d) apoyo que las diversas instituciones sociales representan para el aprendizaje escolar.

El tercer criterio establece, además, que los indicadores deben reflejar ciertos valores y aspiraciones importantes que la sociedad espera que la educación promueva o contribuya a alcanzar. Con base en esta idea se establecen las dos últimas áreas temáticas:

- e) en qué medida la educación contribuye a la productividad y la competitividad económica;
- f) y, finalmente, en qué medida ofrece igualdad de oportunidades y contribuye a la igualdad y el bienestar social.

El trabajo no constituye un listado de indicadores concretos, cosa que se evita expresamente como un camino equivocado. En lugar de éstos se precisan aspectos más particulares dentro de cada una de las seis áreas temáticas, aspectos que deberán dar lugar a trabajos de precisión conceptual, de “operacionalización” y de instrumentación que desemboquen, después de un recorrido considerable, en la definición de indicadores particulares.

A continuación se presentan los “conceptos” en que se concreta cada una de las seis áreas, y algunos de los “subconceptos” en que se van afinando los primeros.

Área I. Resultados del aprendizaje de los estudiantes

- dominio de contenidos básicos (inglés, matemáticas, ciencias naturales y sociales, música y artes, lenguas extranjeras),
- capacidad de razonamiento integrado (aplicado a campos como la ciencia y la tecnología, la comprensión internacional, el pluralismo y la competencia profesional);
- actitudes y disposiciones (tolerancia, autodominio, responsabilidad, participación, interés por aprender, valoración del trabajo bien hecho),

Área II. Calidad de las instituciones educativas

- oportunidades de aprendizaje que brindan (importancia dada a diversos contenidos, tipo de oportunidades, integración curricular, asignación de maestros y alumnos a grupos);
- maestros (reclutamiento y selección, formación, competencia);
- condiciones de trabajo de los maestros (recursos elementales en el aula y fuera de ella, actualización, capacidad de decisión sobre su trabajo);
- recursos materiales (edificio, biblioteca, laboratorio, personal de apoyo);
- las escuelas como organizaciones (claridad de su misión, ambiente humano, orden y seguridad mínimos, importancia de lo académico).

Área III. Preparación de los niños para la escuela

- estatus de los niños y su familia (perfiles de niños de 3 y 6

- años, salud, nutrición, peso al nacer, cuidados prenatales, atención médica, hijos de madres solteras);
- servicios educativos preescolares (currículo, características de los planteles y programas...).

Área IV. Apoyo de la sociedad a la escuela

- apoyo de parte de la familia (cumplimiento de responsabilidades de cuidados básicos del niño, apoyo en casa al trabajo escolar y actitudes respecto a éste, participación en actividades de las escuelas);
- apoyo de parte de la comunidad (bibliotecas, apoyo a ciertas materias como ciencias, arte, etc. por parte de medios masivos, museos, etc.);
- apoyo cultural (actividades cívicas, comportamiento electoral, hábitos de lectura, valoración social de la educación);
- apoyo económico (participación de las diversas fuentes de ingresos, centralización o descentralización del control de egresos, gastos de tipo educativo en instituciones no escolares como bibliotecas, museos).

Área V. La educación y la economía

- la oferta educativa en sí misma (dominio de competencias relevantes para el trabajo, deserción persistencia y graduación, opciones o carreras, aprobación de cursos clave, atención de superdotados);
- consecuencias económicas de la educación (empleo o desempleo, ingresos diferenciales);
- educación en el lugar de trabajo (programas de capacitación, políticas laborales que apoyen a la educación);
- la función de investigación de la educación superior y su impacto económico.

Área VI. Educación y equidad

- características demográficas de los estudiantes que afectan la equidad (pobreza, minorías étnicas, minusválidos, niños de padre que no hablan inglés...);

- características de las instituciones (tipo, control, localización, composición del estudiantado);
- otros aspectos educativos (selección de alumnos y expectativas de los maestros, clima escolar, proceso y aprovechamiento de programas especiales).

Como se ha dicho, el documento reseñado no contiene listados de indicadores particulares, sino más bien orientaciones para su desarrollo. Con respecto a cada área se indican las fuentes de información que ya existen y los esfuerzos previos que se pueden aprovechar, así como los aspectos atendidos en la actualidad, que requerirán de mayores esfuerzos.

Es interesante mencionar que el sistema nacional de indicadores que se propone se contempla no como excluyente, sino como complementario de sistemas estatales y locales que cubran aspectos más finos que los que se pueden considerar a nivel nacional.

CONCLUSIONES

México está empeñado también en un importante esfuerzo por mejorar sustancialmente su sistema educativo, que logró enfrentar el enorme reto de la explosión demográfica de los años 50 a 80 con razonable éxito desde el punto de vista cuantitativo, pero que ahora debe enfrentar el reto igualmente grande de la calidad.

Y nuestro país necesita también, como contemplar el Programa de Modernización de la Educación, contar con un buen sistema de información que haga posible una evaluación permanente, oportunas y precisa de avances y faltas, de logros y limitaciones.

Es el momento de diseñar y poner en marcha tal sistema sin caer en la tentación de limitarse a la información existente, ante la dificultad y el costo de uno mejor.

El esfuerzo del grupo creado por un NCES constituye un punto de referencia valioso para quienes se interesan por el tema, incluyendo a investigadores y a funcionarios educativos, tanto en el nivel federal como en los nuevos sistemas estatales.

Felipe Martínez Rizo

La obra puede adquirirse en la U.S. Government Printing Office, Superintendent of Documents, Mail Stops SSOP Washington, D.C. USA, Dept. of Education 20402-9328